

— Sire, no se puede calcular; son muchos millones.

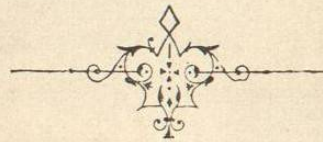
— Consagraos á eso de toda preferencia y dejad el negocio *vereux* del bribón de Jecker.

— Sire, se trata de mi legítima paterna.

— Como gustéis. Yo os lo decía...

En ese instante el reloj dió las nueve; el Emperador se levantó apresurado, yo me despedí á toda prisa y la aguja larga y negra señaló el renglón latino:

«De horas se compone la vida; jamás pierdas una.»



## CAPÍTULO VIII

Dime con quién andas...

**S**EIS días tuve que esperar para que me recibiera el consejero Eloin. En mi vida he visto sujeto más finchado que Su Excelencia. Todo lo sabía, todo lo conocía, de todo estaba penetrado, lo adivinaba todo. Era belga, paisano de la Emperatriz, de cara insignificante, ojos chiquitos y negros, color encendido, gran bigote rubio y cabellos largos. Maximiliano, que tenía el afán de conocer todas las cosas del imperio y de resolverlas personalmente, había sujetado lo divino y lo humano á la inspección de su gabinete y había puesto su gabinete bajo la dirección de Eloin.

Pero ¿quién era Eloin? ¿qué había hecho? ¿qué obras de política había escrito? ¿qué tratados de paz había ajustado? ¿qué pruebas había dado de la ciencia, la experien-

cia y la conciencia que habrían sido menester para gobernar á México en aquella época calamitosa?

Eloin había hecho casi todos los estudios de ingeniero de minas, pero no había llegado á recibir el título: era, pues, un estudiante *desstripado*, como aquí decimos. Eloin era de capacidad menos que mediana; Eloin era uno de los hombres más ignorantes que había en cosas de México; Eloin tenía un orgullo y una vanidad insuperables; Eloin poseía despachaderas tremendas y con ellas lograba sacudirse de encima á cualquiera. Eloin, en cambio, era audaz, discutidor, agresivo, duro y capaz de... cantar una tras otra todas las cancioncillas picantes que estaban en moda en el barrio de Montmartre. Ese talento, que fué el único que se le conoció, y que estaba destinado á abrirle las puertas de un café cantante, mas no las del Palacio nacional de México, le atrajo la amistad del rey Leopoldo, quien recomendó al ingenierillo frustrado con el Emperador de México. Y como alguien reprochara al Néstor de los monarcas el envío de semejante zote á los nuevos soberanos, Leopoldo contestó:

— No os aflijáis; tonto es Eloin, pero tiene algo que suple al entendimiento, y es su grandísima y desapoderada ambición.

Eloin, al revés de lo que hacía su amo, recibía mal á todo el mundo, en pie, con aire despótico y escuchando de la peor gana las cosas que se le querían decir.



— Jecker nos ha hostigado, nos ha abrumado, nos ha fastidiado...

A mí me trató con amabilidad, dignándose oirme con atención.

— ¡Por Dios, señora, que traéis una mala causa!, me dijo; Jecker nos ha hostigado, nos ha abrumado, nos ha fastidiado con sus desplantes: nada podemos hacer por él... El Emperador nada sabe acerca de este asunto y temo mucho que lo ignore siempre: vive cerca de las nubes...

— Señor Consejero, insinué abriéndome un poco de capa; señor Consejero, creo que se juzga mal al pobre Jecker, que no es como á V. E. se le han pintado.

— Quizá sea peor, ¿no es cierto?

— No, señor Eloin: hombre más honrado que Jecker, exclamé, sintiendo que la lengua se me enrollaba como para no dejar salir aquella mentira, no existe en el mundo. Él se atiene á documentos bien claros é indudables, á convenciones en su concepto sagradas por justas y por solemnes... Quizás exagere un poco, quizás tome demasiado á la letra el instrumento constituído á su favor; pero indudablemente que le asiste completa justicia.

— Bien se conoce que sois su pariente, señora.

— Sí que lo soy, pero no me dejo guiar por sus ideas... Yo quisiera, señor Consejero, que hablarais un poco con Juan Bautista: veríais qué gran inteligencia, qué habilidad, qué inmenso fondo de honradez posee...

— No, señora, no; prefiero hablar sólo con vos; me

convencen más las mujeres hermosas que los hombres hábiles y honrados.

— ¡Ah, señor Consejero! sabemos nosotras tan poco de negocios...

— Precisamente por eso: me agrada instruir las, hacerles conocer muchísimas cosas ocultas que tienen los negocios, y adiestrarlas en toda forma.

— Pues conmigo no haríais fortuna... Si me lo permitierais os nombraría mi abogado, mi consejero, mi guía y así contaría con un triunfo seguro.

— No me parecería mal; pero soy un poco caro...

— Si no cobrarais más que lo que el negocio vale...

— Lo que pretendo vale más que el negocio todo; pretendo vuestro afecto, vuestra estimación... y si fuera posible, un poquito, nada más que un poquito... de ese amor que dais tan á manos llenas á quien no lo merece.

— ¡Señor Consejero!...

— Señora...

— Hablemos seriamente.

— No deseo otra cosa: seriamente os propongo el cambio: *facio ut des...*

— Y yo os propongo, también seriamente, llevaros en parte en el negocio si queréis acceder á ayudarme con toda vuestra influencia.

Tras un instante de perplejidad, me dijo con acento cómicamente compungido:

— Así es... que me consideráis capaz apenas... para ganar dinero... no para inspirar afectos.

— Señor Consejero...

— Que estimáis mi influencia en... vamos, en tanto más cuanto; pero que no me juzgáis acreedor á ocupar un sitio... en vuestro corazón.

— Ya lo ocupáis, señor Consejero, dije con coquetería.

— ¿Y qué, tan grande es el sitio, señora?

— No os lo puedo decir... porque todavía no os miro dentro.

— Bien pequeño debe de ser.

— No os dé cuidado: ¿no sabéis el caso de los jesuitas, que, según cuentan, se contentaban con que se les dejara clavar un clavito en un muro, para colgar la imagen de San Ignacio, y que á poco eran dueños de la casa y habían arrojado de ella al dueño?... Pero hablemos formalmente: ¿queréis servirme?

— ¿Que si quiero?... No deseo otra cosa.

— Pues decidme qué condiciones pondríais para ayudarme.

— Para mí nada quiero.

— Pero, señor Eloin...

— Nada quiero para mí más que la satisfacción de servirlos.

— Pero habrá gentes á quien sobornar, gastos que

emprender, propinas que repartir... En fin, que no podéis aceptar mi representación con riesgo de que os cueste el dinero.

— En efecto, algo habrá...

— Y como no tengo cantidad que daros de contado...

— Tendríais que señalarme una parte de las utilidades.

— Cabalmente.

— ¿Qué os parecería señalarme medio millón de pesos para esos... gastos?

— No sé qué diría Jecker; pero ha preferido siempre señalar un tanto por ciento del producto líquido.

— En cambio, me dijo con arrogancia, yo necesito una cantidad fija.

— Pues la tendréis, estad seguro que la tendréis.

— Y estad segura de que yo ayudaré con todas mis fuerzas.

— Trato hecho, dije tendiéndole la mano.

— Trato hecho, dijo él besándomela y haciendo un gesto de quien ha saboreado una cosa exquisita.

En ese momento crítico sonó la puerta, golpeada discretamente desde fuera por los nudillos de una mano temerosa, y luego la misma mano abrió empujando suavemente.

— ¿Se puede, querido colega? preguntó la voz vacilante de don Angel Iglesias.

Eloin se levantó rápidamente, y poniéndose detrás de un sillón, gritó con la cara congestionada de rabia:

— ¿Cuándo lograré que en este país se obedezca una consigna? He ordenado que nadie me moleste á la hora de audiencia, y lo primero que pasa es que todo el mundo se introduce á decirme tonterías...

— ¡Pe... Pe... Pero... señor Eloin!...

— ¡Pero, señor secretario!... ¿acaso ha de tener el jefe del gabinete del Emperador menos libertad que el último escribiente de vuestra oficina?

— Es que el Emperador me autorizó para hablaros de un negocio urgente, la persecución de... de Romero...

— Bien, bien, exclamó Eloin. Sentaos y aguardad á que concluya.

Me levanté para despedirme, y el consejero, que me acompañó hasta la pieza inmediata, me dijo de prisa:

— Nada podemos hacer si no contamos con dos hombres: Ramírez y Campos... Tratad de conquistarles... Y decid á ese tunante de Jecker que... que puede venir á verme para que convengamos en las condiciones de nuestro arreglo.

El buen Campos era el tipo del insignificante por esencia, presencia y potencia: se sabía que era hombre porque había nacido varón, y que era caballero de la orden de Guadalupe porque tenía el diploma; lo que ignoraba todo el mundo, empezando por él mismo, era por

qué le habían hecho ministro. Tenía todos los defectos: flojo, ignorante, necio y discutidor: sólo pícaro no supe que fuera. Se hallaba en el ministerio como podía hallarse en la *sedia gestatoria* ó en el trono de Constantinopla: no sabía por qué, ni cómo, ni de orden de quién.

— ¡Ah, Jecker, Jecker, Jecker! me dijo; ¡créame usted que me siento con carne de gallina cuando oigo hablar de ese caballero!... Mire usted que calza sus puntos don Juan Bautista... Aquí, *inter nos*, es una gran picardía la que quiere hacer el bueno del suizo... De que me acuerdo de él... ¡Si parece que le veo con aquellos manguillos de lustrina que gastaba cuando era cajero de casa de Pontivy y Bressan! .. Yo estaba en casa de Martín Darán, y por cierto que llevábamos algunas relaciones... «¿Cómo va, Jecker? — ¿Cómo va, Campitos? — ¿Y la salud? — Bien. — ¿Qué tal por su casa? — Mejor. — Vaya. — Adiós. — Adiós.» — era lo que hablábamos todos los días... Luego él fué rico y famoso y se metió en este lío... Si me hubiera consultado, no habría entrado á tratar con Miramón...

— Bien, señor ministro; pero usted sabe que en este asunto no depende de nosotros quitar ni poner rey... Como me dijo el señor Eloin: «no se fatigue usted, que al fin todo está ya previsto, y queriéndolo nosotros ó no queriéndolo, la cosa se arreglará...»

— ¿Eso dijo el... señor Eloin?... ¿De manera que el señor Eloin está de acuerdo...? Vaya, pues me alegro...

por usted, porque... lo que quiere el señor Eloin, lo quiere el Emperador... Y tiene su geniecillo el señor Eloin... Conmigo se bromea muchísimo: me llama bestia á más y mejor... Cuando necesita dinero, el hombre se sube á la parra, si acaso se le niega... Pero como yo le digo: «señor Eloin, ¿para qué se incomoda usted si no ha de sacar un solo real?...» Mas él se pone como energúmeno y me insulta... La verdad es que á mí me aflige tanto esto, que ya procuro dejar el ministerio... Aquí está Campillo, que dicen lo hará mejor que yo...

— Campillo, será Campos chico.

— No sé; él dice que se las tendrá firmes con Eloin.

— Pero, en fin, señor ministro, ¿qué resuelve usted?

— Resolver... no, no resuelvo nada; resuelvo que todo siga como está, á no ser que el señor Eloin quiera que siga de otro modo...

Dejé al simpático señor Campos en el limbo, de donde probablemente no llegó á salir, y me dirigí á saludar á Ramírez, que era el coco del ministerio: los conservadores le miraban como un tremendo radical muy abonado para mandar vender las pocas iglesias que quedaban y realizar las alhajas que estaban ocultas; los liberales le tenían por un traidor que merecía la horca, y los franceses por un enemigo jurado que influía á toda hora para pedirle al Emperador las medidas más atroces contra el régimen que trataban de establecer. Entre todos esos

odios y esas malas voluntades, atravesaba don Fernando abroquelado con el escudo de la predilección de S. M.

Don Fernando era duranguense, de vieja y famosa familia, *de casa y solar conocido y de escudo poner y pintar*. Antes de venir acá había ejercido la abogacía en su tierra,



D. FERNANDO RAMÍREZ

y por cierto que había dado muestras de un rarísimo talento jurídico. En arqueología había hecho descubrimientos importantísimos. Había sido el alma de la administración de Arista, y había hecho el arreglo más detestable que se conocía de la famosa convención española.

Don Fernando, con aquella su cara impasible, sus anteojos oscuros y su levitón gris, pasó frente á mí á eso de las diez de la mañana. El edecán, que le aguardaba al pie de la escalera del Emperador, tomó de manos del dependiente de Ramírez la gran cartera de papeles; subió éste la escalera y pasó á su ministerio haciéndose aire con el sombrero gris de reviradas y anchas alas.

Esto del sombrero y la levita grises tiene su importancia: cuando Maximiliano llegó á la Villa de Guadalupe, llevaba por todo atavío un *vestón* claro y un sombrero blanco de anchas alas con el que saludaba á roso y velloso con ademán simiesco. A poco se vió que en todos los actos de la vida civil predominaban el sombrero de copa blanco, alto, de anchas alas, en forma de tubo de chimenea, y el levitón gris acompañado de los pantalones con trabillas. ¡Cuántas intendencias, comisarías imperiales, plazas de consejero y hasta de ministro se debieron nada más que al levitón y al sombrero blanco, como antes se habían alcanzado plazas iguales ó parecidas poniéndose canelones, charreteras, cordones y borlas de oro desde la cabeza hasta los pies! Luego que los muchachos, que observan cuanto pasa mejor que los grandes, se enteraron de lo mucho que significaba el color gris en los negocios políticos, empezaban á gritar sin falta: «¡Un chambelán, un chambelán!» apenas veían á lo lejos la librea civil. Claro que hubo muchos que se dejaron crecer las barbas (que á veces parecían vaquerillos de silla guardados varios años en bodega), creyendo de buena fe que eran el vivo retrato del gallardísimo Emperador; y hasta hace poco se cortaron por canas y desmayadas las últimas patillas á lo Maximiliano.

Claro es que los moderados, á cuyas opiniones venía como anillo al dedo aquel matiz indeciso que ora tiraba á

blanco, ora á negro, fueron los primeros en aceptar el famoso color gris, y don Fernando Ramírez, cabeza visible del partido, vistió con particular delectación aquel uniforme simbólico y como hecho para él.

Parecía mentira que fuera tan sabio un hombre de tan buena salud: el contento, la tranquilidad, la abundancia y el goce se transparentaban en aquella cara redonda, en aquellas manos regordetas, en aquel vientre elevado, en aquella satisfacción con que saludaba, se reía, se frotaba las manos y accionaba. Me oyó atento, sin pedir explicaciones ni darlas, sin aprobar ni desaprobar.

— He quedado entendido, señora, de cuanto me ha expuesto y le ofrezco á usted estudiar de nuevo el negocio Jecker para dar mi parecer con entera justificación.

— Bien, señor ministro, repliqué; pero como usted conoce ya el asunto, puesto que sólo tiene que volver á estudiarlo, bien podrá decirme desde ahora su opinión.

— Mi parecer, señora, es todavía susceptible de cambio ó de rectificación y no valdría la pena de que le externara desde ahora.

— Sin embargo, señor, á reserva de que ese cambio ó esa rectificación vinieran á su tiempo, quisiera conocer la impresión actual de usted.

— Imposible, señora; sólo le puedo asegurar que le tengo antipatía al negocio Jecker porque nos ha traído

esta nefanda intervención francesa... Pero, en fin, si se debe, se pagará.

Le miré asustada y él prosiguió:

— Extraña usted que sienta horror por la intervención, y piensa quizás que si no hubiera habido intervención Maximiliano no reinaría en México ni yo sería ministro de Maximiliano; pero vale Dios que ni procuré la venida de los franceses, ni el establecimiento del imperio, ni mi entrada al servicio de S. M.

— Nada he dicho, señor.

— Bien, bien; yo le prometo á usted estudiar el negocio con absoluta buena fe, y si de ese estudio aparece que Jecker sea acreedor del Estado por la suma que reclama ó por otra mayor, Jecker quedará pagado.

Fuí á dar tristísimas noticias á Juan Bautista; pero él, que tendría razones para pensar de otra manera, me despidió con gesto optimista:

— No tengas cuidado, que todo marchará bien. Con Eloin tenemos, y si él claudica, allí está Bazaine... Aunque la verdad es que el maldito cobra fuerte.

